

## CARLOS REAL DE AZÚA

Por

Lisa Block de Behar

En: *Jaque. Separata*. Montevideo, 13/07/1984, p. 1-2.\*

Era previsible que alguien preguntara "¿Cómo no se les ocurrió antes?" cuando le proponía a Alejandro Bluth —también en nombre de Blanca Oddone— esta publicación sobre Carlos Real de Azúa, a siete años de su muerte. Pero como la pregunta parecía formularse menos en procura de una respuesta que por pura verbalización de asombro, más que iniciar la referencia a buenas intenciones y mejores proyectos —que hasta ahora no dejaron de ser tales— preferí omitir las explicaciones incontables del silencio y pasar así a participar en la contradictoria índole de la ceremonia, esa búsqueda de intemporalidad con fecha fija: la celebración determinada por el almanaque y la puntual fugacidad del aniversario.

Pero no es una participación fácil. Toda evocación padece de más de una aprensión y esa pluralidad se justifica. Son reservas ante la indiscreción y abuso de un testimonio parcial que interrumpe un silencio contra otro silencio que no puede ser interrumpido; ante la solemnidad ritual, inconsecuente, de la paz requerida por el réquiem; ante la "idealización" necesaria, por forzosa, la "desrealización" de la ausencia. Y todavía una inquietud mayor: el escalofrío ante la iniciación de otra aventura escatológica. También por esa evocación se arriesga repetir un tránsito tenebroso, el trance inútil de un Orfeo tanto más displicente que inconsolable. Porque la empresa que se propone, afectuosa sin duda, no excluye ni la vanidad ni el desafío —la imprudencia doble que intenta rescatar algo de nada—, ni disminuye la irresponsabilidad soberbia de un gesto fatal que, entre la fidelidad y la traición, no se define: la mirada retrospectiva de quien no teme ni transgredir una arbitrariedad —ya aceptada—, ni le importa ceder a una impaciencia mundana. Ambiguo y escaso querer es el de Orfeo, menos pasión que compasión, más intrepidez que lealtad, su curiosidad atenúa el sentimiento, cuestiona el heroísmo o los suspende.

Cuando se requiere una evocación de Carlos Real de Azúa, estos escrúpulos contra privilegios de sobreviviente pesan más porque, como pocos, sentía una aversión severa, casi bíblica, contra la representación —verbal, visual— de su figura. Las contadas fotografías no escasean por indiferencia personal ni incuria familiar sino por la resistencia contra toda figuración, la más deliberada contra los excesos de la fijación, el **retrato**: la vuelta de la imagen, esa **superstición** — una sobrevivencia— la valoración por representación, superstición que la actualidad alienta más que cualquier otra forma irracional de la creencia, como siempre, como nunca.

La obstinación de estos recelos le impedía interesarse por referencias —o reverencias, no es demasiado diferente— a su persona. Un desinterés que no debería confundirse con desaires de altivez o de afectada modestia, ni con la ocultación de vicios y virtudes —la voluntad de proteger su privacidad- sino algo así como todas las variantes de "Le moi est haïssable"; un rechazo ascético el suyo, la convicción de la insignificancia individual y, en definitiva, la certeza irreparable -doblemente— de la ausencia. El rechazo se hace más evidente por contraste con reconocimientos y demostraciones por los que se desviven otros hombres que (se) necesitan públicos, tantos quienes confunden existir con éxito, saber con salir, notorios no

siempre notables.

En otros años, cuando se multiplicaban los acontecimientos culturales, difícilmente se hacía presente en mesas redondas, conferencias, actos. Solía colaborar enviando escritos, los más extensos, los más eruditos, los más peculiares, pero apareciendo a destiempo o desapareciendo a último momento. No se trataba de timidez y, menos, de golpes de efecto, solo la misma repulsión hacia una aparición que se confunde con figuración. Por eso, ahora, tantos escrúpulos.

Ya se dijo: aborrecía dejarse fotografiar tanto como detestaba ser objeto de mención propia o, incontrolablemente, ajena. Pero "On est quelques fois aussi différent, de soi-même que des autres" decía La Rochefoucauld, y en la intimidad contradecía esa aversión —abstención o abstinencia— con una exageración semejante. Continuaba debatiéndose con la representación pero de manera diferente, opuesta (quizá por compensación más que por contradicción), registrando desafortunadamente cuantos acontecimientos personales, los más cotidianos, los más generales, abrumadoramente triviales o, sin discriminarlos, los más decisivos. Con una minuciosidad inverosímil por su precisión, manifestaba una "obsesión textual" —consonancia implícita— que vale asimilarla a las preferencias ambiguamente definidas por Roland Barthes en *El placer del texto*. De la misma manera que Leonardo Woolf registraba las mínimas ocurrencias de la vida de Virginia, se sabían completos pero dispersos, en hojas sueltas, al dorso de otros escritos, en agendas y cuadernos interminables que difícilmente conservaría la familia, los detalles que cifran pequeñas compras diarias, cuentas, menús, gustos íntimos, reflexiones, recuerdos, conversaciones telefónicas (a veces fútiles pero igualmente transcritas), con hora, duración, tema, alternativas del diálogo, encuentros intrascendentes, diligencias menores, gestiones administrativas, distribución cuantificada de su tiempo en lecturas, las páginas leídas, numeradas, las preferencias literarias, los conflictos personales, sus preocupaciones más atormentadoras.

Anotaciones farragosas, impublicables por la atención disipada, por la rigurosa falta de selección: una trasposición, sin contextualizar, sin "diferencia", de la eventualidad al escrito, un inventario por una invención. Cuenta Borges que "los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él" y esta representación que, por exacta y perfecta deja de serlo, recuerda las anotaciones descomedidas, infinitas —por inacabadas e innumerables—, imperfectas también por la carencia de elaboración. Caos cotidiano e inconcebible, imitativo del otro caos primero y mayor, el nuestro, el de todos, esa realidad que padecía dolorosamente precaria, circunstancial. Aprieta impenetrablemente datos con el espesor de hechos, materia prima estratificada, descargas gráficas no libradas de su contingencia y aunque fugaces —por fugaces— no se soportan.

Cuando un editor, coordinando una publicación colectiva, le sugirió que redujera la redacción demasiado dilatada y digresiva de uno de esos párrafos que Rodríguez Monegal calificara como "arborescentes", le hizo gracia la ingenua pretensión de intentar simplificar la versión de un fenómeno real que, como tal, solo entendía vertiginosamente dialéctico.

Por eso también su intransigencia frente a comentarios que aunque irrelevantes no le pasaban inadvertidos. Al contrario, estimulado por la cortedad de reprobaciones apresuradas o estereotipadas, rechazaba las objeciones que se formulan desde lugares comunes, los repudios ad hoc y denuestos demasiado homogéneos, así como el encomio coral, sospechosamente sistemático y obediente de alabanzas tan reiterativas como acriticamente acomodadas. Pero y

por sobre todo, sin que sus pronunciamientos se dirigieran nunca a conciliar una aleatoria posición de conveniencia que le preocupaba no adoptar: nada del equilibrio oportunista por oscilante, contemporizador, a prueba de riesgos radicales, a favor de protectoras prebendas o seguridades sectarias promisorias. Todo lo contrario: era el suyo un oyente agredido, generalmente colectivo, difusor potencial de sus enfadosas opiniones, el más indicado para no oírlas.

Sin embargo, estas frecuentes divergencias circunstanciales tampoco se formulaban como desafíos, ni provocaciones de polémicas, ni brillantes extravagancias de un dandismo arrogante, trasnochado o decadente "pour épater —surtout pas—le bourgeois", a contracorriente, sino como tentativas de una cruzada a favor de la lucidez, espontáneas y ponderativas al mismo tiempo. Era un antagonismo prevenido contra la adhesión condicionada y fluctuante de opiniones partidarias —y por partidarias, parciales— de omisiones selectivas y, en el mejor de los casos, obnubilismos involuntarios, divisas distinciones rotuladoras de verdades a corto plazo, poco comprensivas o demasiado ortodoxas, aptas solo para servir de bandera monocromática a complacencias tendenciosas.

La extensión e irrefutabilidad de su respuesta alteraba la mecánica opositiva del diálogo: la respuesta —"contestación"—, la dicción —contradicción— que define la intervención de un interlocutor que se encuentra, por situación, enfrentado pendularmente al hablante-, se suspendía, concluía con su palabra porque decía tanto que más ya no se podía decir. Como el narrador de Proust, la mención incidental de una circunstancia, de un nombre, derivaba a precisiones asociativas, referencias históricas imprevisibles, interminables, estrelladas en constelaciones temáticas, intercalando anécdotas que no atenuaban la gracia mayor ni la perplejidad de un oyente sorprendido por el genio. Ocurría que el comentario o la noticia recién mencionada disparaba subrepticamente del plano de la contingencia, concreta, inmediata, particular, a un enfoque generalizador que se apartaba de la eventualidad fluctuante de la historia, desdibujándose en una incontrovertible permanencia filosófica. Si "Omnis determinatio est negatio", Real de Azúa (se) debatía espinosamente en ese espectro de insondable variedad que toda afirmación excluye pero supone.

Así se explica la profusión exagerada —ya mítica— de ideas preambulatorias, introductorias e intermediarias que preceden a un desarrollo, que lo interceptan o lo derivan hacia una referencia aparentemente lateral, un desarrollo que se opone a cualquier reducción taxativa, lineal, por medio de precisas divergencias que distraen la reflexión en una refracción múltiple, poniendo al descubierto las distorsiones que resultan de advertir planos diferentes y eludir perspectivas estrechas.

La convergencia original de puntos de vista distintos que le impedía observar esquemáticamente cualquier fenómeno, condicionaba la complejidad de una elocuencia que desajustaba curiosamente algunas de las solidaridades más obvias del discurso. Su vocabulario de pasmosa propiedad desconcertaba en estructuras poco regulares donde la linealidad consecutiva de la sintaxis se desaforaba en haces de incisos, aclaraciones, digresiones que arduamente podían seguir el itinerario de un pensamiento mercurialmente especulativo. Así desarticulada su sintaxis, proclive a deslizamientos de aparente incoherencia, se acercaba a una realidad que naturalmente no tiene lógica, apenas si soporta en forma discontinua la que desde siglo le viene construyendo el hombre.

No se trata de una "incorrección", desprestigiada por poco purista sino de la recurrencia de una figura (el anacoluto) que resulta especialmente apta por el "clivaje" (por usar una palabra

que solía preferir) necesario a una exposición abundante pero nunca viciosa. Un hablante gozosamente locuaz que, sin embargo, cuestionaba sus propias apreciaciones por medio de una tartamudez imprevisible y expresiva. Más recurso que falla, la escisión se extendía hasta un juego humorístico, sobre todo familiar, donde la certeza de sus afirmaciones se desajustaba por gestos que no venían al caso, a veces en colisión con el sentido enunciado, desamarrando todavía más un discurso ya de por sí elusivo y poco accesible. "Un desorden del discurso" que habría con-sentido Michel Foucault entendiéndolo por **ordenar** "disponer" tanto como "imponer", si el orden y la orden solo se diferenciaban accidentalmente.

Tanto la voz, el gesto, los súbitos neologismos, la sintaxis desarticulada, la erudición ocurrente, divertían (por quiebra y esparcimiento) en una disociación de ideas sorprendentemente imaginativa que se apartaba en un hablar con puntos sueltos, cabos arrojados en todas direcciones, por eso inasibles. Algo de esta restallante verbalidad se advierte en la ya legendaria fisonomía de sus escritos aunque la permanencia del texto hace posible la recuperación del desborde, la normalización de la fractura porque, espacializada la dicción, la lectura ancla tantas veces cuanto sea necesario. Así la coherencia queda asegurada por la consecutividad —lineal— de la escritura y las gestiones de un lector que cuenta con el estar ahí de la palabra escrita, conservada, con un tiempo propio que retiene la vertiginosidad del discurso ajeno.

Pero esa recuperación probable disminuía o ni se intentaba en la sucesión irreversible de la conversación, apenas interrumpida por la tímida, anonadada aquiescencia de un oyente solo insinuante, inevitablemente atento, nunca fascinado, que asistía atónito a la fiesta de saber. Porque la desbordante fluidez de su pensamiento -y no la consabida facilidad de palabra— no tendía al raptó oratorio ni a seducciones retóricas. Lejos de la persuasión incantatoria del orador, las dificultades de su exposición más las dislocaciones gestuales, conformaban una especie de "extrañamiento" involuntario, igualmente válido, un fenómeno estético y natural a la vez. Establecía una distancia diferente, una desemejanza que apartaba su palabra, como su figura, fugitiva, inquietante, siempre a punto de alejarse.

\* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez